

El pecado de la queja

Números 11.1–9

Aconteció que el pueblo se quejó a oídos de Jehová; y lo oyó Jehová, y ardió su ira, y se encendió en ellos fuego de Jehová, y consumió uno de los extremos del campamento. Entonces el pueblo clamó a Moisés, y Moisés oró a Jehová, y el fuego se extinguió. Y llamó a aquel lugar Tabera, porque el fuego de Jehová se encendió en ellos. Y la gente extranjera que se mezcló con ellos tuvo un vivo deseo, y los hijos de Israel también volvieron a llorar y dijeron: ¡Quién nos diera a comer carne! Nos acordamos del pescado que comíamos en Egipto de balde, de los pepinos, los melones, los puerros, las cebollas y los ajos; y ahora nuestra alma se seca; pues nada sino este maná ven nuestros ojos. Y era el maná como semilla de culantro, y su color como color de bedelío. El pueblo se esparcía y lo recogía, y lo molía en molinos o lo majaba en morteros, y lo cocía en caldera o hacía de él tortas; su sabor era como sabor de aceite nuevo. Y cuando descendía el rocío sobre el campamento de noche, el maná descendía sobre él (11.1–9).

Las actitudes básicas de las personas, especialmente las que tienen que ver con situaciones de grupos, han permanecido sin cambiar durante generaciones. Siempre que se introducen cambios externos dentro de un grupo, algunos de sus integrantes comenzarán a quejarse. ¿Ha estado usted viendo una película en el cine cuando esta se interrumpe en media proyección? ¿Observó cómo la gente a su alrededor comienza a abuchear y a sisear hasta que era corregido el proyector? ¿Ha visto a su equipo de fútbol favorito jugar cuando uno de los jugadores pierde una buena oportunidad de gol? ¿Qué hacen usted y los fanáticos a su alrededor? Reaccionan con ruido en esa situación de grupo.

Lo que hace a esta historia de Números 11.1–

9 diferente de las ilustraciones anteriormente dadas, es que Dios había estado controlando los factores externos entre el pueblo y no tenían razones justificadas para quejarse. Dios había hecho todo por ellos. Considere Sus bendiciones hasta este punto: 1) Los había colocado en el desierto para protegerlos de los ejércitos cananitas que estaban en sus bordes. 2) Los había organizado en un campamento ordenado. 3) Les había provisto con Sus leyes para el bien supremo de ellos. 4) Les había dado alimentos para que comieran (maná y codornices), sin que fuera necesario esforzarse para conseguirlo. 5) Sus vestimentas y calzados no estaban desgastándose. 6) Le había provisto dirección a Israel con la columna de nube de día y de fuego durante la noche, a fin de que no vagaran sin dirección. 7) Los guió hacia la Tierra Prometida que les deseaba dar tan pronto llegaran. Estaban tan solo a pocas semanas de esa promesa.

En el texto no se menciona quién comenzó a quejarse, sin embargo, la primera instancia fue seguida de una segunda. La queja fue seguida de un malestar general, al punto que Moisés eventualmente se vería afectado. Se quejaría ante Dios de que estaba siendo abrumado con el liderazgo de Israel.

Sus quejas siguen un patrón definido de causa y efecto que es necesario que estudiemos. El quejarse y el murmurar son actitudes que no son únicas de Israel. En el Nuevo Testamento, hay al menos cuatro pasajes que exhortan a los cristianos a no tener la misma actitud, y por lo menos un ejemplo es dado en Hechos, donde la paz de la iglesia estaba siendo perturbada por ello. Los pasajes están en 1^a Corintios 10.10; Filipenses 2.14; Santiago 5.9;

y Judas 16. El ejemplo de perturbación se encuentra en el sentimiento de abandono de parte de las viudas griegas de Hechos 6.1 y sigs.

Cuando trazamos el origen mismo de todos los quejidos, las murmuraciones y las quejas, llegamos a Satanás y sus estrategias. Este conocía desde tiempos del Huerto el principio que más tarde citó Jesús, que dijo: «Si un reino está dividido contra sí mismo, tal reino no puede permanecer» (Marcos 3.24–26). Satanás ha usado ese principio para tener éxito en situaciones individuales y de grupos. Actuó de este modo en los corazones de Israel con el fin de destruir la unidad de la marcha hacia Canaán. Les proveyó de un espíritu de rebelión y de pecado en contra del plan de Dios.

UN ESPÍRITU INALTERADO POR EL CASTIGO (11.1–4)

Dios se enojó cuando Israel se quejó. Si no estaban conformes con lo que Él había provisto, incluso lo que tenían podría serles arrebatado fácilmente. Dios entonces quitó temporalmente de ellos Su protección, y comenzó a quemar algunas tiendas a orillas del campamento. Cuando el pueblo comenzó a perder sus hogares y posesiones, sus lamentos quejosos cambiaron de queja a arrepentimiento y súplica a Dios para que detuviera las pérdidas.

Poco tiempo después, sin embargo, otro grupo en medio de Israel comenzó de nuevo a quejarse. Esto fue provocado por un grupo que Moisés llamó «gente extranjera» o «grande multitud de toda clase de gentes». Estos eran un grupo de escapados de la esclavitud de Egipto que no tenían herencia en Israel. Eran de otras naciones cautivas, y simplemente siguieron a Israel al desierto para conseguir alimento y protección. No tenían una participación legítima en la herencia de Israel. No habían de ser partícipes del plan de Dios para Su pueblo. Estaban disfrutando de un viaje sin tener que invertir de su parte. ¿Acaso no parece ser un principio de la humanidad que los que menos se involucran y tienen lo menos que perder sean los que más se quejan? El principio puede ser ilustrado de una manera fácil. ¿Ha estacionado su auto en un parquímetro al que aún le quedaba tiempo del auto anterior? Alguien puso cierta cantidad de dinero en el parquímetro y partió antes de que se le acabara el tiempo. Viene usted y consigue estacionarse de gratis «con el dinero de otro». Toda iglesia tiene personas que se estacionan con el dinero de otro. No dan ni se involucran en la obra, sin embargo, reciben los beneficios. No pagan los salarios (sin embargo, sí se quejan de ellos), no consiguen cosas que se necesitan, ni liberan la deuda de la propie-

dad. Dejan que otros hagan el trabajo, y luego se estacionan sobre lo que los demás han hecho. Si esto le molesta a usted, probablemente, así deba de ser. Escuchamos de muchas personas que viven de la asistencia social que no hacen nada para apoyar al sistema. ¿No es eso lo que algunos están haciéndole a la iglesia del Señor? Están dejando que los demás hagan el trabajo y paguen el financiamiento mientras obtienen los beneficios de forma gratuita, esto es, los beneficios de un lugar cómodo para adorar y tener comunión, los beneficios de la enseñanza de parte de ministros y obreros instruidos. Puede que el estacionarse con el dinero de otro en el parquímetro no sea un asunto serio, sin embargo, estacionarse con el tiempo y la participación de los demás en la iglesia sí lo es. Esta gente extranjera no tenía parte en Israel, sin embargo, provocaron tal conmoción que todo Israel comenzó a unírseles en la protesta.

UN ESPÍRITU INALTERADO POR LOS BENEFICIOS (11.5–9)

Las quejas y la codicia de Israel hicieron que olvidaran todo lo que Dios había estado haciendo por ellos. El maná que estaban comiendo estaba manteniéndolos y alimentándolos. Dios no había planeado que lo comieran por el resto de sus vidas. Dentro de pocas semanas, si habían sido fieles, podrían haber estado comiendo de los productos de la tierra a lo largo de los límites de Canaán. Su codicia, sin embargo, los hizo despreciar lo que Dios les había proveído amorosamente. Recordaban lo que habían estado comiendo en Egipto. Llamáramos a esto «los buenos tiempos de antes». Pensaron en aquellas comidas más sazonadas de Egipto.

UN ESPÍRITU INALTERADO POR ANGUSTIAS PASADAS (11.5–7)

La codicia de Israel los hizo olvidar la amargura de la esclavitud. Puede que hayan comido en abundancia, sin embargo, fue bajo la presión del látigo. Si se hubieran quitado el manto, las cicatrices de sus espaldas les habrían hecho recordar rápidamente la servidumbre de la que habían sido liberados. En Éxodo 2.23, habían gemido tanto bajo la presión de la esclavitud, que el sonido de su sufrimiento había llegado al cielo. Es probable que la comida para ese entonces era para sobrevivir, y la detestaban. Sin embargo, como lo dijo un autor: «El pasado siempre se recuerda mejor de lo que fue». La codicia y el lamento también los hizo olvidar las bendiciones del presente. Es difícil creer que estas personas desearan regresar a su antigua manera de vida. Pedro nos recuerda que cuando las personas están

resueltas a pecar en sus mentes, nada les impedirá regresar a su antigua naturaleza (1ª Pedro 2.19–22). El desierto era difícil, sin embargo, estaba planeado ser solamente algo temporal.

A menudo, cuando comenzamos a quejarnos de lo que nos toca vivir, necesitamos recordar esta historia. La Biblia nos recuerda una y otra vez que así como Israel, estamos acampando aquí de forma temporal (1ª Juan 2.15–17; 1ª Pedro 2.11).

UN ESPÍRITU INALTERADO POR EL PROPÓSITO DE DIOS

Dios los había llamado para ser Su pueblo. No podían ser posesión de Dios mientras estuvieran bajo el dominio de Egipto. Era solo en la libertad y dirección de Dios que Israel y Dios podían hacer un pacto. Dios los había llamado para que salieran de Egipto a fin de que vivieran en una nueva tierra, una tierra que Él le había destinado y prometido a Abraham, el antepasado de ellos, y que podían heredar. Viajaban rumbo a esa tierra. La protesta y amargura de parte de Israel no podía más que afectar el viaje e interrumpir ese propósito al que habían sido llamados.

En Cristo, Dios nos ha llamado a ser Su pueblo. No podemos ser Su pueblo en tanto sigamos bajo la servidumbre y el yugo de la esclavitud del pecado (Romanos 6.16, 17). Es solamente bajo la libertad que se encuentra en Cristo que podemos tener una relación de pacto con Dios (Gálatas 5.1; Efesios 4.1). Dios también nos ha llamado a vivir en una tierra nueva y prometida, es decir, el cielo. Estamos en medio de un viaje hacia esa tierra, justo en este momento. Piense, entonces, la forma en que las quejas, la división, las ambiciones egoístas y los quejidos nos detienen en nuestro viaje a esa tierra prometida. Habiendo hecho Dios tanto por nosotros, ¿cómo nos atrevemos a quejarnos y murmurar contra Él, o unos contra otros? Es un pecado que divide los corazones, a los amigos y el propósito de Dios.

CONCLUSIÓN

Dios nos ha llamado a vivir en contentamiento bajo las bondadosas provisiones que Él nos ha dado. Es importante, por lo tanto, que observemos de cerca nuestras actitudes hacia Él. Tal vez sea el momento de hacer un inventario de todas las bendiciones que

Dios ha compartido con nosotros. Como lo sugiere el siguiente cántico:

Cuenta tus bendiciones,
Nómbralas una a una;
Cuenta tus muchas bendiciones,
Mira lo que Dios ha hecho.

¿No ha sido Dios misericordioso en su vida?

Confíe en Dios

«Qué tan a menudo confiamos uno en otro,
Y solo dudamos de nuestro Señor.
Le creemos a la palabra de los mortales,
Y aun así desconfiamos de Su palabra;
Sin embargo, oh, qué luz y qué gloria
Resplandecerán sobre todos nuestros días,
Si siempre recordáramos
Que Dios pretende hacer justo lo que dice».

A. B. Simpson

«Confíe en ti mismo y estarás destinado a la decepción; confíe en sus amigos y estos morirán y te dejarán; confíe en el dinero y puede que te lo arrebaten; confíe en la reputación y puede que alguna boca calumniadora la derribe; ahora, confíe en Dios, y nunca estarás confundido ni en el tiempo ni en la eternidad».

D. L. Moody

Los pasajeros del tren estaban intranquilos a medida que viajaban a gran velocidad a lo largo de la oscura y tormentosa noche. Los relámpagos resplandecían, nubes negras se aproximaban y el tren viajaba rápido. El temor y la tensión entre los pasajeros era evidente.

Sin embargo, un pequeñito que estaba sentado todo solo, parecía completamente inconsciente de la tormenta y de la velocidad del tren. Se entretenía con unos cuantos juguetes.

Una de las pasajeras le habló, diciendo: «Hijito, veo que estás solo en el tren. ¿No te da miedo viajar solo en noche tan tormentosa?».

El jovencito la miró con una sonrisa y contestó: «No señora, no tengo miedo. Mi papá es el maquinista».

Autor: Max Tarbet

©Copyright 1989, 2010, por LA VERDAD PARA HOY

Todos los derechos reservados